

comentario aquí pedido lo hace el autor del cancionero boyacense, aunque muy superficialmente, a la siguiente copla:

De esta ventaja disfruta  
el que tiene mujer fea;  
que si la saca a la calle  
nadie se la codicea.

De la cual afirma: "Incluyo aquí, por curioso, el cantar anterior, advirtiéndole que no es de mi colección, ni es boyacense. En Boyacá el pueblo no usa el verbo codiciar en ninguna forma" (pág. 29).

El lector queda más satisfecho de las observaciones sensatas y medidas sobre "demosofía colombiana" del señor Otero D'Costa, que de las entusiastas y un tanto contradictorias rectificaciones del señor Quiñones Pardo. Donde el primero afirma que quizá muchas de las coplas tenidas como populares sean simplemente "popularizadas", dice una verdad difícilmente rebatible. Cómo se demostraría, por ejemplo, el origen netamente popular atribuido por Quiñones Pardo a una copla tan culta como esta:

El cafetal está en flor  
entre aromados silencios;  
así florece, bien mío,  
el amor con que te quiero?

Partes sin duda muy interesantes de los dos cancioneros boyacenses son aquellas donde se descubren maravillosas analogías entre coplas populares y pensamientos del *Cantar de los Cantares* o de notables escritores y poetas de la literatura universal. Las explicaciones que de estos fenómenos se esbozan revelan la capacidad y clara visión del autor en estas materias. Una vez más nos atrevemos a afirmar que, si prescindiera un poco de pruritos regionalistas y echara a un lado la frondosa demagogia que lo agobia, Quiñones Pardo traería con sus estudios el más serio aporte a la nascente ciencia del folklore colombiano.

R. T. Q.

FERNANDO ANTONIO MARTINEZ, *El uso en la lingüística*. Bogotá, Editorial Lumen, 1944, 46 págs.

Comienza esta tesis doctoral haciendo un somero recuento de los progresos en la concepción de los estudios del lenguaje para mostrar cómo el tema del uso no ha merecido circunstanciada consideración por parte de los más destacados maestros de la lingüística y la filología. Avanza el trabajo con un sucinto comentario del estudio que Caro intituló *Del uso en sus relaciones con el lenguaje* (Bogotá, 1881), del cual dice que no explica, porque es imposible, el origen del uso lingüístico, tomado como fenómeno independiente; por lo demás, acepta las afirmaciones de Caro. Se nos recuerdan luego las especulaciones que sobre el mismo tema y a propósito de la *Gramática* de Bello hizo

M. F. Suárez en sus *Estudios gramaticales* (Madrid, 1885). Se nos ocurre, de paso, pensar que quizás el señor Martínez comparte, pues no dice nada en contrario, la creencia del autor de los *Sueños* de que a partir del siglo XVII empezó para el castellano una inevitable decadencia. Esta opinión, ya hoy arrinconada por los doctos, tiene todavía profundo arraigo en el ánimo de algunos curiosos de nuestra lengua y por esto mismo necesita de clara cuanto juiciosa reprobación. Tratando más adelante de la actitud de Cuervo ante el "uso" y del que éste considera aceptable, se le desliza al señor Martínez una afirmación quizás no largamente meditada: "La tarea del filólogo tiende a conservar la pureza del idioma..." (pág. 31). En mi modesto parecer creo que una caracterización más propia del filólogo es la de registrar los fenómenos lingüísticos, determinar su extensión y tratar de establecer sus causas; el purista, el gramático a secas es quien más atiende a conservar la pureza del idioma. Y hablando de asertos del señor Martínez, encuentro también en su tesis una generalización que me permito estimar inadecuada: el neologismo, dice, "es una extravagancia de la moda que desfigura la lengua con frases y voces exóticas o estrañalarias" (pág. 33). Juzga sinceramente el señor Martínez que todos los neologismos son meros caprichos de la moda? Estimo que no, pues a renglón seguido aduce el testimonio de Cuervo, según el cual, el progreso de las ciencias, de las artes, de las industrias, los cambios en las costumbres, etc., reclaman nuevas maneras de expresión, es decir, imponen ciertos neologismos para los cuales no es justa la calificación de "extravagancias de la moda", a no ser que como tales se tengan las transformaciones que constante e indefectiblemente se operan en la vida de los pueblos.

Siguiendo con el tema capital de estas líneas, el uso del lenguaje, leemos en el autor aquí glosado que dicho uso está condicionado por la ciencia lingüística y a ella notoriamente sometido, y que, pues los estudios del lenguaje pasaron por una etapa de rígido positivismo, el uso, de aquélla dependiente, debió por fuerza considerarse como fenómeno positivo, inactual, como desarrollo o procedimiento, desdeñándose la estimación de sus orígenes (pág. 33). Apoyándose luego en Vossler y Croce, los últimos y más destacados teóricos de la lingüística, concluye el señor Martínez diciendo que el uso es creación individual y como tal cae en el dominio de la estilística (pág. 39), sobre la cual hace inmediatamente unas breves consideraciones. Resumen y compendio de todo este delicado estudio es, pues, la afirmación de que el uso se confunde con el estilo, de que ambos son una manera particular y espiritualmente motivada de utilizar el idioma. Para finalizar, hemos de observar que el señor Martínez muestra una seria preocupación por los estudios del lenguaje, y en especial por los aspectos estilísticos. Aunque el breve ensayo que estamos osadamente comentando nos parece un tanto difuso, cosa explicable, quizás, por ser trabajo de iniciación y versar sobre un tema tan sutil, juzgamos que el autor transita por

sendas de bien enfocada orientación y que, de insistir en sus esfuerzos, nos va a dar una prueba más de que, convenientemente guiado, sobreponiéndose a la pereza y a la incuria, aunque tengamos todavía por delante la inmensa dificultad de los medios de trabajo, puede el joven intelectual colombiano llevar a cabo tareas de indiscutible mérito.

LUIS FLOREZ

RAFAEL TORRES QUINTERO, *La literatura latina*. Tunja, Imprenta Departamental, 1943, 141 págs.

Este breve resumen de la literatura latina puede tener muy útiles aplicaciones didácticas, aun cuando el autor, al escribirlo, no se haya propuesto destinarlo a las aulas escolares. La claridad de la exposición, el criterio sereno en los juicios, la selección del material, la presentación de hechos esenciales y de nombres sustantivos —con prescindencia de los circunstanciales, que sólo en un amplio tratado pueden alcanzar su justa valoración, mientras en una rápida ojeada no consiguen sino falsear la visión del discípulo, ofreciendo en abigarrada apretura datos de permanente y de efímera significación—, la inserción de extensos fragmentos para dar más preciso conocimiento de las obras, son las principales cualidades que nos inducen a pensar que este cuaderno puede ser utilizado con éxito en las clases de literatura. Creemos que ha llegado la hora en que los absurdos textos de historia literaria universal sean reemplazados por manuales especiales; indicando, además, con esta reforma que la enseñanza debe orientarse hacia un más profundo y fecundo análisis de las literaturas que tengan para el alumno un interés viviente, por ser floración de lenguas de las cuales éste posee algún conocimiento, de suerte que, eventualmente, el estudio pueda realizarse en el ámbito mismo de la lección idiomática, bajo la guía del mismo profesor, y alternado con la lectura de textos originales. Así el opúsculo a que nos referimos debería servir para dar más amplia base y más dilatados alcances a la clase de latín de nuestro bachillerato, de acuerdo con la creciente importancia que la opinión general enhorabuena reconoce a la mencionada materia. Pero conste que el esbozo de Torres Quintero sería el texto mínimo deseable para atender a esas aspiraciones. Por consiguiente, nos atreveríamos a sugerir al autor que, al hacer una reimpresión de su libro, tuviera en cuenta la posibilidad de destinarlo a fines pedagógicos, introduciéndole modificaciones que mejor lo capacitaran para tal cometido.

En origen, el propósito de Torres Quintero fue solamente el de remediar a la desoladora ignorancia existente acerca de la literatura latina, causada por falta de libros de fácil consecución. Obra, pues, de divulgación, y no de crítica, la cual sería imposible para quien no puede disponer de una información de primera mano, como lo declara sin ambages el propio autor (págs. 12, 18 y 19). Trabajo necesariamente